

ENERGÍA PARA EL FUTURO

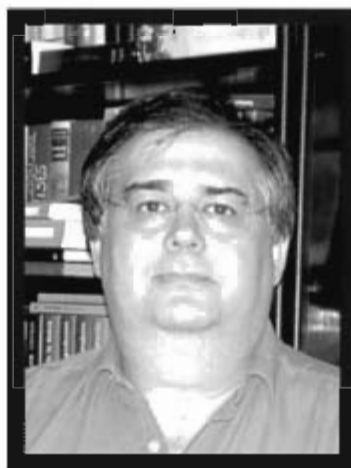
Venimos arrastrando desde hace meses una crisis económica que, con efectos que descienden hasta lo local y hasta lo particular, tiene orígenes que pueden localizarse en lo global. La globalización, ese fenómeno contra el que tantos claman, es algo innegable y los engranajes económico-sociales pueden agarrotarse si en alguna de las partes de la maquinaria se produce una disfunción. Así, es posible que el incremento del paro traiga causa de movimientos

financieros que se produjeron a miles de kilómetros (agravados por imprevisiones locales) y que la desconfianza en el sistema financiero tenga mucho que ver con abusos cometidos por gentes que sólo maneja dinero a través de sistemas virtuales, pero que provocan efectos reales.

En todo caso, los efectos de las crisis deberían de mitigarse al cabo del tiempo, y los ajustes necesarios, es de esperar, habrán de conducir si se adoptan políticas adecuadas, al restablecimiento de la confianza, al retorno de la inversión, a la creación subsiguiente de empleo y a la recuperación del crecimiento que hagan sostenibles nuestras economías y, consecuentemente, los logros del estado del bienestar.

Es cuestión, tal vez, de ciclos. Pero entiendo que hay un factor decisivo para el sostenimiento de las economías y de la sociedad. Es la producción y suministro de energía. Todo gira en torno a ella. Si los combustibles fósiles aseguraron durante décadas buena parte de las necesidades, vienen cuestionándose por sus efectos contaminantes, al tiempo que se pone en duda por muchos el volumen de reservas disponibles. Si hablamos de energías renovables, nos encontramos con los inconvenientes derivados del rendimiento y del coste de sus fuentes: la eólica, solar, mareomotriz, geotérmica, etcétera, no parecen satisfacer, hoy por hoy, las necesidades existentes. La generación nuclear encuentra detractores en el seno de lo políticamente correcto y se aplazan decisiones sobre su uso mientras, paradójicamente, importamos electricidad con origen en la fisión nuclear.

Nos encontramos, además, con que a los problemas ordinarios de los mercados, que pueden tener más o menos que ver con los



fenómenos de la globalización, hemos de sumar el hecho de que buena parte del petróleo hoy por hoy imprescindible está en manos de productores, muchos de los cuales pueden ser considerados sin temores como auténticamente gamberros. Unamos a esta circunstancia el hecho de que otros pudieran, en una escalada tan demencial como posible, intentar ahogar al occidente al que desprecian a base de estrangular su supervivencia recortando el suministro, cosa que puede considerarse viable porque buena parte de los estados

desarrollados se debatirían en miles de dudas antes que forzar el respecto al status quo.

Parece que hoy por hoy, y en tanto la ciencia avanza lo suficiente como para ofrecer alternativas no utópicas, una de las formas más viables de asegurar el suministro energético viene de la mano del átomo. El hecho de invertir en centrales nucleares no supone en nuestro país tentación militar alguna; las técnicas actuales no son las de hace 40 años, y el problema cierto de los residuos, complicados de gestionar, pero con un volumen que se puede almacenar de un modo razonablemente seguro, no tiene por qué convertirse en un obstáculo insalvable.

Hay que adoptar decisiones estratégicas y evitar la tentación de dejar que el problema lo solucionen otros. No parece razonable tener que importar electricidad de Francia, que tiene 59 centrales nucleares en funcionamiento, o de Marruecos, si como parece pudiera acometer inversiones en producción atómica. El problema es que quizá queden atenazadas las decisiones por tópicos caducos. Y dejar el problema sin abordar, cuando se necesita más de una década para poner en marcha una central nuclear, puede conducir a una temeraria situación de dependencia que comprometa seriamente nuestro desarrollo y nos haga más vulnerables a vaivenes del mercado y a posibles acciones de los exaltados.

Es preciso, creo, que se abra un debate calmado, serio, documentado y alejado de la demagogia y del populismo facilón. Diálogo, por supuesto, que no puede convertirse en discusión bizantina ni prolongarse más allá de lo razonable, puesto que las ideas han de ser germen de la acción, no un fin en sí mismas. Es muy razonable lo que escribe Ana Palacio en el artículo que reproducimos en este boletín. No es que nos juguemos mucho. Es que nos lo jugamos todo.

Juan Carlos Fernández
Presidente del Foro Zafrense